

Recordar, compartir, aprender

## Oviedo

Purificación Noriega Posada, 80 años

Aída Díaz González, 23 años

### CON LOS PIES EN LA TIERRA

*“¿Vamos a mear, hija?”. “Sí, Puri, como tú quieras”. Así solían acabar mis conversaciones con Puri. Lo veía como un final perfecto, una meada de realidad que nos volvía a colocar en nuestro presente. Y no lo digo porque nuestro presente fuera precisamente un retrete.*

El día que le pregunté: “¿Cómo te gustaría que fuera tu vida?”. Ella me contestó que era perfecta tal y como estaba. Y es que, según ella, estaba viviendo el mejor momento de su vida. Era la primera vez que tenía su propia habitación (con baño incluido) y que estaba rodeada de gente que la quería.

Supongo que al final todos queremos eso, un sitio donde dormir, donde asearnos y gente que nos mime. Y que, a poder ser, esas cosas no estén demasiado lejos las unas de las otras. Y yo me alegro por Puri, porque supongo, que al final lo más difícil es estar contento con la vida que has logrado.

Normalmente, a la gente nos pasa al revés, nos pasamos la primera mitad de la vida meando en nuestros propios baños, durmiendo en nuestras propias camas y rodeados de gente que nos quiere, sin darnos cuenta de que es muy posible que todo eso cambie en la segunda mitad de nuestra vida.

La vida de Puri había sido algo extraña. Aunque, seguramente, ni ella misma era consciente de este hecho. Al fin y al cabo era su vida, y todos tendemos a normalizar lo que nos pasa, más que nada, para poder seguir tirando. A veces, sobre todo los primeros días, notaba que me contaba sus anécdotas como aquel que lee un prospecto: primero esto, luego lo otro y después lo de más allá.

Esto me extrañaba profundamente, ya que suponía que la gente que se había comprometido a contarnos su historia era como mi abuela. Una vez oí que “Para existir tenemos que narrarnos, somos lo que contamos de nosotros y lo que otros hablan de nosotros”. Creo que mi abuela tenía muy clara esta idea. Siempre envidié la increíble memoria que tenía pero, sobre todo, la pasión que ponía al hacerlo. Reconozco que podía acabar siendo pesada, pero para el que supiera escucharla era, como a ella le gustaba decir, historia viva.

Como decía, la primera mitad de la vida de Puri había sido algo extraña. Este hecho se explicaría mejor si yo hubiera empezado la historia desde el principio lógico, pero en ocasiones, es más interesante hablar de lo que no hay que hablar. Si hubiera empezado por el principio contaría lo siguiente:

Nunca había estado antes en una residencia de ancianos. Me sorprendió, primero, la claridad que había y, segundo, el improvisado salón de televisión que habían montado en la entrada. Justo al lado de la recepción, había una tele y alrededor de ella un montón de ancianos. “¿Purificación Noriega Posada, por favor?”. Me estaba esperando con la directora en su despacho. Por el camino pasaron por mi cabeza millones de pensamientos. Seguramente tendría una extraña historia de posguerra, quizás hubiera sido la mujer de un sindicalista, quizás había sido cabecilla de alguna manifestación importante o había estado exiliada en el extranjero. Pero no era así.

La historia de Puri es la de una niña que creció en un hospicio, sin ni siquiera saber si sus padres habían muerto o no, una niña que se crió sin cumpleaños porque no sabía qué día había nacido, una niña que nunca tuvo una muñeca propia. Una niña que se convirtió en mujer en un hospicio, sin conocer la figura de una madre y, por lo tanto, sin echarla de menos.

A los 18 años empezó a trabajar limpiando casas y se pasó varios años de casa en casa, sin durar más de un mes en cada una. No duraba demasiado tiempo porque aunque no lo cuenta, lo hace la directora de la resi-



dencia, con la que ha conectado de un modo especial: “Tengo entendido que debía de ser bastante vaga y muy traviesa, al menos durante la etapa del hospicio, se pasaba el día entero armando jugarretas a las monjas”.

Una de las cosas que más me llamó la atención de esta etapa de juventud es que nunca tuvo novio. Un día el marido de una de las señoras para las que trabajaba se le insinuó, ella ingenua se lo contó a la mujer para avisarla y ésta la despidió. También cuenta que una vez la llevaron a Granada a trabajar a una casa durante unos días. Allí conoció a un chico que quiso conquistarla, pero ella le dijo que estaba de paso y que no podían tener nada.

De esta forma, las personas que iba conociendo no tenían ningún tipo de continuidad, aparecían y desaparecían, pero pocas se quedaban. Un día, con 24 años y cansada de la vida, se tiró por una ventana. De esta experiencia sólo le queda un leve cojeo y un paso de 30 años por el Hospital Psiquiátrico de Asturias. Por aquellos tiempos, los psiquiátricos eran una especie de cajón de sastre donde no sólo se internaban locos, sino gente que no tenía donde ir. Gente como Puri. Tras el psiquiátrico volvió a trabajar de casa en casa. En una de ellas, la señora la ayudó a ingresar en la residencia donde actualmente está encantada de vivir. De vivir de verdad por fin.

Si mi abuela hubiera vivido la vida de Puri, nos contaría una y otra vez cada esquina recóndita, adornándola o endureciéndola para ganar a los oyentes expectantes. Sin embargo, ya que somos lo que contamos, ella sería pasado y seguiría viviendo en él. El gran logro de Puri es precisamente haberse librado de su pasado. Eso es lo que la mantiene con los pies en la tierra, a pesar de que es muy bajita y que cuando se sienta los pies no le llegan al suelo.